

## **Primer Premio**

**Autora: Clara Isabel Martín Muñoz**

### **Milagro de invierno**

Desde fuera, el globo azul se ve envuelto en la levedad que tiene el aliento herido de los anhelos. Frágil, a veces parece carente de luz, invadido por la melancolía de un sempiterno invierno. Ni los carteles de neón, ni los millones de farolas de las grandes urbes, ni las bombillas encendidas pueden disminuir la sensación de que esta esfera es un ser indefenso sin luz natural, sin el resplandor que surge de algo ajeno a ella. Adentrándose en la bruma se perciben mejor la tierra y el mar, se respira el oxígeno y se puede ir bajando desde las cumbres más altas hasta los valles verdes, la costa ribeteada de espumas, las poblaciones más extensas, los pueblos diminutos. La pequeña ciudad parece una figurita de navidad espolvoreada de azúcar, cristalitos que se deshacen en la lengua jugosa de las grises calles. Los empolvados naranjas se tamizan con el aire que mueve la blanca mano de la niebla, y la alameda es un brotar de hojas de fuego y dehiscencias de algodón. En un banco del paseo se sienta un viejo que espera. Mira al cielo implorando la lluvia, retrasando el regreso a la heladora soledad de su casa. Al atardecer, se refracta en los edificios un resplandor de tiza, el crepúsculo precoz y asalmonado de diciembre.

Una mano frota la ventana empañada y abre un círculo telescópico por el que la mirada se adentra en la vida cotidiana. La mujer que pega su nariz al cristal es joven. Su sonrisa se vuelve infantil mientras juega con el aliento cálido a empañar el vidrio, tapando la visión, para después volverlo a frotar. Cuando se aleja de la ventana se percibe su ancha cintura, la camisa holgada y un cansado balanceo de ánsar. Cuelga bolitas color rojo metalizado en un pequeño árbol y adorna una fuente con piñas y velas blancas mientras sus labios se mueven tarareando una canción. Otra mujer entra en la sala llevando a una anciana en la silla de ruedas. La joven deja una guirnalda plateada con frutos bermellón sobre la mesa y corre presta a besar a ambas mujeres. Después acerca una silla junto a la anciana y coge sus manos. El tacto yerto de esa piel fina le provoca un escalofrío. Besa varias veces las mejillas de la abuela dejando acurrucada en una arruga la suavidad de sus labios. La anciana murmura unas palabras y la nieta sonrío. La claridad mengua con pasos de un gigante sin piedad, las lámparas se encienden, después se apagan. La ventana es un vano negro, las calles se hielan y solo permanece toda la noche en vela el titilar de unas diminutas luciérnagas rojas, azules y verdes en el árbol.

El día levanta sus párpados. A la umbría de los álamos persiste la escarcha, pero el suelo está seco, los árboles amarillos han despoblado casi todas sus ramas, apenas unos puntos impresionistas relucen entre alambres oscuros, unas chapas plateadas que espejean con el sol. Cualquiera tímido copo de aguanieve muere antes del alba. En la alameda hay un viejo que espera y se va secando. Quizás implora la lluvia en forma de nieve, de abrazo o de caricia. En forma de palabra cálida. De esperanza.

Las bisagras se abren, circula el aire dentro de la casa, se renueva el oxígeno y la vista se adentra. La madre barre el salón y en la ventana contigua se ve a la anciana postrada en la cama. La nieta se tumba junto a ella y pone su cara tan pegada a la de su abuela que la cencellada de sus lágrimas le rocía el rostro seco. En la tibieza del ajado pecho suena un latido tan cálido que las orejas de la chica se queman de amor, y entre los suspiros y mutismos, con el dolor ardiendo, ella le dice: “No te vayas, abuela, aún no”. Pone la mano de la vieja en su vientre y ésta esboza una mueca, algo parecido a una sonrisa. La joven tiene los ojos turbios y los labios plácidos. Conviven la alegría y la tristeza en su corazón. En la sala, la madre lee un libro, su hija la abraza y sale por la puerta. La chica cierra el portal y al pasar por la alameda ve al hombre viejo que observa el cielo. Se arrebujaba en su abrigo estremecida. Al sobrepasar al hombre se detiene un instante, mira hacia atrás, titubea.

Vuelven las horas a sonar metódicas, distantes del universo que vive absorto en los latidos de aquellos que se quieren, ajenas al temblor de las manos y a las pestañas que se rozan en caricias tratando de detener los minutos. Siempre indolente el tiempo, siempre implacable con el amor y la soledad. Precipitando el día y la noche con un insensible tic tac.

La casa se llena de otras pisadas y otras voces. Se suceden los días y las celebraciones, pensando en las ausencias pasadas y venideras. Hay estallidos de risas, abrazos, recuerdos que relampaguean amargos, regusto de dulces almendrados, algún villancico que durmió durante un año, una oración. Luego, choque de copas, burbujas doradas, deseos en forma de carne jugosa de uva, lazos rojos y campanadas que se cogen al vuelo, presurosas como pájaros en desbandada. Los minutos son la estampida de enloquecidas aves que dan paso a otro día, otro año, sin apenas poder coger aire en un atragantamiento de pieles verdes, minuterios y cúmulo de emociones. En los ojos de la anciana apenas asoma una turbidez glauca. Ella mira, no dice nada, pero está. El cuerpo de pajarillo, cada vez más diminuto y consumido se escapa, tiembla, agoniza como la llama de una vela entre las piñas abiertas.

Después vienen las felicitaciones, los buenos deseos, las últimas compras en los pocos comercios que aún siguen abiertos. La ciudad parece una mujer triste, desesperanzada, con la lobreguez de las calles casi desiertas, enlutada con piedras grises y una gélida nostalgia. Se sume en la penumbra al caer la tarde y apenas se ve por las aceras; no va quedando nadie, nada queda. Entonces, la mujer de piedra es una ciudad fantasma. Ha ido perdiendo su alegría, su magia, su luz. Sin embargo, al día siguiente, un sol insolente y desubicado hace que el azul del cielo resplandezca. Un sol que no calienta, que ni siquiera se aparta para dar paso a la lluvia y que se apaga pronto dejando a la ciudad herida de oscuridad. Intempestiva la sequía en el invierno. Después de un año sin aguaceros, aquel sol es solo una venganza, la maldición de un poema inacabado. La rutina sigue su curso, se ventilan las casas, luego se cierran las ventanas, se encienden las velas junto al adorno de piñas, se prepara la bandeja de turrón, la guirnalda plateada sigue colgada en la puerta.

Una mañana, la cotidianidad se interrumpe. De repente, una ausencia. Hay una llamada de teléfono, se movilizan las piernas. La casa se queda callada. El espacio parece que se ha congelado, permanece quiescente, a la espera. Un día y otro día. Al tercero se abre una puerta. Entra a raudales una luz ovillada, madeja que corre por el suelo dejando a su paso una estela púrpura, una alegría que rebosa ojos de asombro y sonrisas embelesadas. En ese remolino brillante parece que el corazón se ha ensanchado. Es el regalo de una noche de Reyes que en la segura de la ciudad en penumbra parece abrir una grieta de agua almibarada; la sencilla gota de una estalactita en la gran caverna de los siglos. La nieta pone junto a los brazos de su abuela al recién nacido. Y esta vez sí, la anciana sonríe con dulzura bajando los párpados. Musita unas palabras inaudibles y, tras una exhalación, cierra los ojos tranquila.

El niño duerme en los brazos de su madre, junto al cuerpecillo cristalino de la vejez. La nieta susurra: “Gracias, abuela”. La noche del seis de enero las nubes resucitan sus blancos y alimentan los valles, como si las plumas de un ángel hubiesen ascendido al cielo y después cayeran en forma de nieve. Los copos, redondos, terráqueos, esconden una estrella en su interior. En cada geometría vital, cada esquirla y cada dibujo son distintos y, sin embargo, al mirarlos de lejos todos caen igual; blanda y lentamente. Una continua despedida que acaba en crepitar sobre el manto níveo y se petrifica en los adoquines y el asfalto.

Después de las exequias, la habitación de la abuela se cierra. La ropa, los muebles y la densidad flotante parecen estacionadas, pero su esencia se ha vaciado. En la casa, el silencio se rompe con el llanto de un niño. El cuarzo del cielo se derrama sobre los tejados blancos dejando un rosa áureo reflejado en el cristal de la habitación donde una abuela esperó hasta ver el milagro de la vida renovada. El aliento empaña las ventanas y enciende las almas con la calidez del cariño.

El cristal se vuelve a cubrir de vaho, la visión se va alejando, van cogiendo distancia la joven que amamanta a su criatura; la hija que guarda en una caja las lucecitas del árbol y recorre con lágrimas la habitación de la madre que ya no está presente. La nieve es tan copiosa que sepulta las puertas de las casas. En la alameda blanca se dibuja la ausencia del viejo que imploraba el consuelo del agua. Refugiado en su casa sonríe al pensar en la chica que se giró una mañana para decirle: “Feliz Navidad”. Guarda las palabras que ella le regaló como un aliento que le protege del invierno y desarma el anhelo herido; un aliento de luz.

En su casa se enciende una llama con el vaho del consuelo que empaña el cristal y desdibuja la alameda nevada. Desde arriba, la ciudad es un manto que se prolonga por el valle y se une a las cumbres en un lazo. Lazada que se repite en ese globo verde y azul invierno tras invierno. Cada copo de nieve, único, parecido a otros, ocupa su lugar en el espacio; es un suspiro que se desvanece en el tiempo fugaz. En toda época, en

todo lugar, siglo tras siglo, sigo observando el círculo de la existencia. Las cosas de las que no podemos escapar; la vida, la muerte. Pero hay algo que el ser humano olvida en el abatimiento de este mundo ciego.

Podéis llamarme Navidad, o milagro de invierno, pero yo, todos los años, vuelvo a visitar esta tierra, me adentro en cada pueblo, en cada casa, para recordaos que: en la oscuridad del invierno, nace la esperanza de la luz.